

## Currículo, evaluación y comunicación científica en las Ciencias Sociales<sup>1</sup>

América Nallely Lutz Ley<sup>2</sup>

La presentación del CD *Sociología bajo el sol*, que reúne varios trabajos escritos por alumnos de la XII generación de la Maestría en Ciencias Sociales y fue coordinado por el doctor Mario Alberto Velázquez, me dio la oportunidad de reflexionar varias cosas. Aquella obra fue producto del curso “Pensamiento Social Clásico”, del primer semestre del programa, de modo que refleja no sólo la diversidad de intereses que teníamos los estudiantes en aquel momento, sino también nuestro acercamiento preliminar a los enfoques clásicos de la sociología y la incertidumbre o incluso la ingenuidad académica con la que quizá todos los investigadores comienzan su carrera en este interesante, pero complejo mundo de las ciencias sociales.

En representación de los otros autores, voy a intentar expresar la experiencia que vivimos en el desarrollo de esta compilación, y lo voy a hacer a través de la exposición de un aspecto que me parece muy importante destacar, dadas las condiciones que caracterizan al trabajo de investigación en nuestro país. Esta obra fue ante todo una oportunidad para avanzar de la exposición y la comprensión científica hacia la comunicación pública de ideas, y fue hecha a partir del trabajo colegiado que permitió *re-significar* la teoría sociológica clásica en su relación con nuestra realidad.

El hablar de este compendio como una oportunidad para los estudiantes de posgrado nos remite necesariamente a la situación actual de producción científica en México. De acuerdo con el *Science Citation Index*, en el lapso 2000-2004 nuestro país se encontraba entre los cinco con mayor producción científica en América Latina, junto con Brasil, Argentina, Chile y Venezuela; sin embargo, en referencia a la producción mundial de artículos científicos, América Latina contribuyó en 2004 con el 3.3 por ciento; y esto, por más pequeño que parezca, significó un aumento de casi el doble con respecto a la contribución en el año 1990, que era apenas del 1.7 por ciento.

---

<sup>1</sup> Texto leído durante la presentación del cd *Sociología bajo el sol* (2009, El Colegio de Sonora), realizada el 7 de mayo de 2010.

<sup>2</sup> Asistente académica de la coordinación del Programa de Doctorado en Ciencias Sociales de El Colegio de Sonora. Correo electrónico: [alutz@colson.edu.mx](mailto:alutz@colson.edu.mx)

Hablando específicamente de México, aunque se encuentra entre las primeras veinte economías del mundo, destina apenas el 0.4 por ciento del PIB a la producción de conocimiento científico y tecnológico. De acuerdo con los indicadores del Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología en su edición 2007, de los más de 100 millones de mexicanos que vivimos en nuestro país, poco más de 3 millones han completado al menos la educación superior y están ocupados en actividades de ciencia y tecnología. Además, mientras que en el año 2005, países como Estados Unidos, Francia y Alemania tenían entre 7 y 10 investigadores por cada 1000 personas económicamente activas, México tenía apenas poco más de uno. Esto, en parte, también explica por qué en 2006 contribuimos apenas con el 0.75 por ciento de la producción de artículos científicos a nivel mundial, quedando por debajo de otros países latinoamericanos y algunos asiáticos.

Por otra parte, mientras que la mayoría de egresados de posgrado en esos años correspondió al área disciplinaria de las ciencias sociales, la producción de artículos científicos referidos ésta solamente correspondió a 929 de los 30,334 publicados entre 2002 y 2006 por científicos mexicanos. A reserva de revisar nuestros números, cuando se observa esta situación comienzan las preguntas tales como ¿por qué estos son los resultados de los científicos sociales?, ¿Será probable que sea por falta de recursos?, ¿No nos gusta escribir cuando nos preparamos para ser investigadores?, ¿Será que no sabemos escribir?... y con ello me refiero a escribir como un mecanismo de reproducción mental.

Es difícil decir que en las instituciones educativas mexicanas exista una tradición pedagógica que priorice la expresión escrita como mecanismo de aprendizaje y evaluación. Estamos acostumbrados a ser evaluados a través de exámenes con respuestas preconcebidas y sólo hasta muy tarde en el sistema educativo los estudiantes conocemos a los hermanos de los exámenes: los ensayos, mismos que yo recuerdo no tenían demasiada aceptación entre mis compañeros cuando yo estudiaba mi licenciatura, ¡vaya! ni siquiera entre los profesores, pues en los sistemas masificados que tenemos en las instituciones públicas de educación superior, calificar cincuenta, cien o doscientos ensayos sería casi un acto de suicidio.

Por otra parte, las universidades no sólo adaptan sus mecanismos didácticos al tipo de estructura que sostienen, sino que se encuentran en la disyuntiva sobre cuál debe ser la finalidad operativa de la educación superior; se encuentran en la tensión entre educar para la generación de conocimiento (o sea para la investigación), o educar para el desempeño profesional especializado. Este tipo de conflictos y las miles de aulas repletas de estudiantes hacen que las formas de escritura lógica, coherente y enfocada dentro de marcos científicos particulares comiencen a perder popularidad como métodos de enseñanza y evaluación, y den lugar a otros formatos más amigables pero que exigen un ajuste casi técnico a criterios muy concretos y predeterminados.

Ahora bien, la expresión escrita de nuestras ideas y de los procedimientos o argumentos que nos llevan a ellas, comienza a ser más importante conforme nos adentramos en el mundo del quehacer científico. La importancia de la publicación, como forma escrita de comunicación, radica en que el artículo científico (sea éste un ensayo o los resultados de una investigación empírica) se vuelve uno de los principales medios para ser observado y considerado por otros, pero al mismo tiempo permite ubicarse en algún punto en medio de la discusión dentro de las comunidades científicas.

Quizá muchos de los que hemos escrito siendo estudiantes de un posgrado en ciencias sociales, al releer nuestros ensayos sintamos la imperiosa necesidad de corregirlos o reinterpretarlos a la luz de las nuevas experiencias; sin embargo, este trabajo siempre es perfectible y los primeros pasos no carecen de valor analítico ni práctico, pues constituyen las primeras respuestas que hemos sido capaces de proporcionar a problemáticas que son pertinentes a esta sociedad. El ensayo como uno de los métodos de enseñanza y evaluación aplicado en los currículos de ciencias sociales posibilita darle un valor comunicativo a las ideas suscitadas a partir del análisis; permite continuar la construcción (y deconstrucción) del conocimiento existente, así como preparar a las futuras generaciones de investigadores para generar proyectos de ordenamiento cognitivo que mejoren la publicación científica.

Todo esto hace que el ensayo basado en la estructuración de las propias ideas, cuando son producto del análisis riguroso de un tema, adquiera un doble carácter valorativo y formativo, por lo cual su importancia no puede pasarse por alto en ningún programa académico que busque la formación de científicos.